

mala en sí misma ninguna naturaleza, pero ni aún ninguna inclinación de la naturaleza. <sup>(1)</sup>

Numerosos son los que han negado esto, particularmente en nombre del Cristianismo; pero no es culpable de esta mutilación de la verdad la Iglesia, que se ha levantado siempre contra ellos con todas sus energías. Tales fueron los reformadores, tales los jansenistas, formados en su escuela, que pretendían que por el pecado ha quedado de tal manera corrompida la naturaleza humana en lo que tiene de más íntimo, que es mala en sí, y no puede producir sino el mal.

Según este principio, la moderna teología protestante, siguiendo á Schleiermacher, pasa el pecado, del alma á la naturaleza sensible del hombre, como hacían en otro tiempo los neoplatónicos, los gnósticos, los maniqueos, y casi todas las funestas sectas á que dieron origen. Y como si todavía no se hubiera pensado bastante mal del hombre, después de Kant ha dado un paso más la nueva filosofía. Sostiene sin pudor que no ha entrado el mal en la naturaleza humana por la caída, sino que forma parte de la misma esencia del hombre, de tal manera que no nos lo podemos representar, sin verlo arrastrarse al mal.

Con esta repugnante doctrina del mal, que se pretende sea radical, en este punto como en otros muchos ha vuelto la nueva filosofía á las tenebrosas enseñanzas de los antiguos herejes, que con obstinación se mantuvieron hasta la Edad Media, pero que fueron obligados á desaparecer ante la luz de la fe.

No podemos creer que se ignore con cuánta resolución se ha opuesto en todos los tiempos la doctrina cristiana, ó más bien, la doctrina católica, á esas herejías contra la naturaleza humana, cualquiera que haya sido la época en que se han levantado. Á pesar de todo, se prefiere acusarla de maltratarla, de desconocer las pasiones y su importancia en la vida, y de emprender contra la sensibilidad,

(1) S. Agustín. *Civ. Dei.*, 14, 5.—Sto. Tomás, 1, q. 193.—Medina, *coment.* 1, 2, q. a. 24.—Coninck, *De act. supernat.* d. 24.

que jamás hará desaparecer, una guerra de exterminio, siempre infructuosa, y que conduce á los más molestos resultados. Ciertamente que, si de tal absurdo fuera culpable la doctrina de la Iglesia, hubiera perdido para siempre el derecho de levantar la voz en la educación del género humano, y todos tendrían el deber de arrebatarse semejantes funciones.

Ved por qué, á pesar de todas las refutaciones con tanta frecuencia repetidas, jamás abandonan este punto sus enemigos, continuando siempre su eterna acusación: Para despojar á la Iglesia de la señal más evidente de su influencia en los espíritus y en los corazones, no quieren dar en esto testimonio de la verdad. Y dura y perdura el hecho desde Bacón. Por honor de este filósofo, queremos creer que no entró en sus intenciones perjudicar á la Iglesia; en sus juicios se extravió por una casi imperdonable ignorancia del estado de la cuestión. Esa ignorancia le condujo, siendo el padre de las ciencias experimentales, á pretender que en los tiempos que le habían precedido no se había atendido con seriedad al conocimiento de las pasiones ó de las afecciones humanas, y que hasta entonces no se había profundizado en esta doctrina. Se predica contra ellas la guerra, porque no se las conoce.

Descartes ha seguido la opinión de Bacón, y desde entonces todos se hacen eco de esa doctrina sin preguntarse si será verdadera. Es completamente falsa: Nos obliga la verdad á afirmar que los Padres y los Teólogos de la Iglesia estaban no menos convencidos que Bacón de la imposibilidad de conocer al hombre sin un profundo conocimiento de las pasiones humanas; y por esto pusieron la atención más prolija en el estudio de tan importante como delicado asunto.

**5. El Cristianismo reconoce á las pasiones su derecho de existencia y su necesidad, aun cuando las considere como depravadas.**—Si se me pidiera que diese á conocer el punto de doctrina en que de la manera más brillante ha demostrado la verdad católica su supe-



rioridad sobre la ordinaria sabiduría del mundo, ni un solo momento dudaría en nombrar el estudio de las pasiones humanas. Sola ella ha sabido respetar la dignidad de la naturaleza humana, sin desconocer las dificultades con que por todas partes se presenta esta cuestión, y para cuyo estudio se han declarado impotentes los filósofos.

Y aumentan su mérito los numerosos errores que de distintas procedencias han venido ó enturbiar la limpidez de su mirada, no permitiéndole explorar ese oscuro terreno. Aquí hablarán con entusiasmo de las pasiones desencadenadas, allí, al contrario, se las condenará sin consideración, como principio de todo mal. Muy diferente es la conducta de los doctores cristianos. Todos están de acuerdo en rechazar la opinión de los estoicos que consideran las pasiones como algo malo en sí, como debilidad, como enfermedad del alma; es doctrina admitida entre todos ellos, que en sí ninguna pasión del corazón es mala ni buena. <sup>(1)</sup> Es enteramente natural que tenga miedo al mal que me amenaza, y que me alegre del bien que me acaece; es inevitable que se subleve toda mi naturaleza en presencia de la injusticia que sin razón se me imputa, que experimente sentimiento por la pérdida de una persona querida, y que me entusiasme ante un bien que me conviene. El que quiera impedir esto, debe comenzar por impedir que el hombre sea hombre; quien quiera censurarle por esto, merece que se le pregunte si se cuenta á sí mismo entre los hombres, porque, por lo que á mi toca, es tan fácil al hombre rechazar la naturaleza humana, como despojarse de sus pasiones, que forman, y no hay que dudarlo, la parte esencial de nuestra naturaleza.

Cuando Pedro Annet quiso poner en duda el carácter del gran Apóstol, con seguridad que no conoció que ultrajaba más bien á la naturaleza humana que al mensajero del Evangelio, contra el cual dirigía sus odios. «Aquel Pablo, dice, si debo dar fe á los escritos que se le atribuyen, era una mezcla singular de los más disparatados ele-

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 24, a. 1, 2, 4.

mentos, un compuesto tal de carne y de espíritu que jamás ha tenido semejante en el caos humano. En aquel Pablo había dos hombres, el hombre viejo y el hombre nuevo; dos cuerpos, un cuerpo de pecado y un cuerpo espiritual; dos leyes que le regían y que trababan entre sí terribles combates». <sup>(1)</sup>

Casi del mismo modo se expresa Goethe, hablando de los Apóstoles, y particularmente de los Santos, pero en términos tan groseros, que no es posible repetirlos aquí. <sup>(2)</sup> Ciertamente, que Pablo era de un natural apasionado, más apasionado que el de la mayor parte de sus conciudadanos. Lo mismo eran Moisés y Elías y San Atanasio, y San Cipriano y San Hilario y San Jerónimo y Sixto Quinto, y el Dante y cien otros grandes hombres; pero digamos francamente la verdad; precisamente por eso se elevaron sobre el nivel ordinario de la grandeza humana. Sin pasiones, no hay hombre posible; sin grandes pasiones, no hay grandes caracteres, no hay grandes hombres, no hay acciones que cautiven á la humanidad.

¿Puede concebirse un carácter noble, entusiasta por todo lo bueno, y por todo lo bello, que profese odio inmortal á la bajeza, infatigable en la persecución de un gran fin, y que sea incapaz de irritarse? ¿No sería verdadero monstruo de pereza y de cobardía, capaz de dejarse seducir por los actos más vulgares, el hombre á quien faltase completamente la irritabilidad? «Si jamás nos fuera permitido hacer uso de esa pasión, dice San Juan Crisóstomo, ni aun cuando lo exigen las circunstancias, en vano y sin fin alguno nos hubiera sido dada. Pero no; no es inútil. En su sabiduría, la ha implantado el Creador en nuestra naturaleza, para conducir los pecadores al verdadero camino, para despertar de su letargo á las almas apáticas, para vencer nuestra timidez y nuestras irresoluciones. Así como ha dado la espada al soldado, así ha armado nuestra inteligencia de esa punta acerada de la cólera para que nos sir-

(1) Lechler, *Geschichte des Deismus*, 317 y sig.

(2) Baumgartner, *Goethe's Lehr- und Wanderjahre*, 145 y sig.



vamos de ella con discernimiento. Ved porqué con frecuencia se sirvió de ella San Pablo. Sus enojos servían al bien de los demás más que la suavidad de sus palabras, porque en todo obraba según las necesidades del momento y según los intereses de la predicación. No digo esto para vindicar la gloria de San Pablo, porque no tiene necesidad de los auxilios de mi lengua, sino para enseñar la conducta que debe seguirse en toda circunstancia con relación á las pasiones». <sup>(1)</sup>

Lo que decimos respecto de la cólera, puede decirse también respecto de las demás pasiones. Como expresión completa de la idea cristiana, pueden considerarse estas palabras que pone Calderón en los labios del Creador en el momento en que contempla el mundo del hombre:

«Y pudiera corregir  
 »Muchos defectos que veo;  
 »Pero robusto deseo  
 »Di al hombre, y de sus pasiones  
 »Señor le he hecho vivir;  
 »Pues con sus propias acciones  
 »Todos se han de ennoblecer». <sup>(2)</sup>

Jamás ha negado estas incontestables verdades un doctor cristiano en su sano juicio, esto es, que en el estado actual las pasiones no son con muchísima frecuencia sino una trampa para el hombre, y que no hay que predicar tan alto la legitimidad de las pasiones desencadenadas.

No tenemos porqué ocuparnos ahora en el porqué de estas cosas; basta con que reconozcamos en nosotros un hecho semejante. Si tengo en mi presencia un hombre cuyos ojos brillan con sombrío fulgor, cuya frente se pliega con arrugas siniestras, y cuya voz trémula está muy lejos de inspirar seguridad, es evidente que estos signos no me anuncian la pasión de coraje que el Criador implantó en nuestras almas. Si nacen en mí de improviso los sentimientos más bajos y los movimientos más odiosos, á cuya simple aparición debo ya sonrojarme, y no puedo pacificar-

(1) S. Juan Crisóstomo, Hom. 6, de laud. Pauli. (Montf., II, 511).

(2) Calderón. *El Teatro Universal*.

los, sino haciendo uso de todas las energías de mi razón y de mi voluntad y después de un obstinado combate, puedo ver fácilmente que sólo la más grande prudencia puede mantener el orden en mi interior perturbado.

Lo hemos experimentado millares de veces, y lo experimentamos cada día, porque somos hombres. Pero si, por vigilarnos á nosotros mismos, sentimos que amenaza inmediatamente la tempestad, no hay motivo para condenar, como malas por su naturaleza, ni la sensibilidad ni las pasiones.

**6. Magnífica empresa en el hombre, aunque llena de peligros; necesidad de dirección segura.**—Si tal perturbación no hubiera penetrado en nuestro interior, fácil nos fuera cumplir el trabajo de nuestra vida moral; la mayor parte del tiempo somos tentados de considerar como especie de injusticia la labor cotidiana que nos impone; y bien considerada, es ciertamente un magnífico é importantísimo campo de batalla. Bien diferentes de los antiguos atletas que combatían en los juegos olímpicos tan celebrados por los más grandes poetas líricos, tenemos por teatro de nuestra lucha un campo incomparablemente más vasto que el de ellos, más numerosos espectadores que los que se aglomeraban en Olimpia, más repetidas aclamaciones, y superior recompensa porque «combatimos delante de Dios, de los ángeles y de los hombres». <sup>(1)</sup> El fin es llegar á la gloria inmortal, no superando penosamente la flaqueza de nuestros músculos, sino llevando por los aires una pareja de nobles y fogosos corceles que ha enganchado el Señor delante de nuestra alma, las pasiones.

Si hubieran permanecido éstas como salieron de las manos de Dios, con mano firme y segura hubiéramos podido tenerles las riendas; pero se ha apoderado de ellas el espíritu de rebelión, y ahora se precipitan á donde las arrastra ese espíritu, olvidando su fin, despreciando el freno, y burlándose del que las dirige. ¡Desgraciado, si no puede domarlas! está perdido sin remedio; perdida está la posta

(1) I Cor., IV, 9.



y pérdida está su vida, si lo toman debajo de sus pies, ó si, rompiendo el timón, le lanzan al abismo que va costeando. Para ganar el premio con semejante tiro, es necesario conservar toda la presencia de ánimo; y sin embargo, no se trata ni más ni menos que de llegar á la meta; ¿cómo hacerlo? Es necesario quebrantar su fuerza exuberante y domar su espíritu de insubordinación. Después, cuando, gracias á la superioridad de su espíritu, haya podido imprimirles buena dirección, cuando las sienta tascar el freno, no olvide que aprovecharán la primera curva del camino, la más insignificante desviación de la vista, el menor descuido de la mano que detestan, para abandonarse de nuevo á sus instintos de rebelión, que no abandonan ni un solo momento.

En verdad que es tarea bien complicada, y que no se puede cumplir, sino empleando toda la fuerza y toda la prudencia; tarea que no permite al hombre el más ligero instante de reposo, mientras no llega á su fin. <sup>(1)</sup>

¿Cómo llenar esa difícil obligación? ¿cómo puede moderarse en unos casos y suprimirse en otros la pasión? ¿cómo se la puede llevar aquí de un objeto prohibido á otro permitido, y hacerle allí que espere el momento oportuno? ¿cómo puede, ya, cuando está irritada, ser el mejor auxiliar para llegar á una fe más elevada, ya, cuando se ha sublevado de intento, prestar un feliz concurso? Forman todas estas cuestiones un punto de doctrina al cual prestaron la mayor atención los antiguos filósofos, y sobre todo los moralistas cristianos, pues sabían cuánto dependía de ellas la perfección moral. <sup>(2)</sup> En cuanto á nosotros, no podemos tratarlo aquí muy á fondo. Lo han tratado de tan eminente manera los ascetas, que nos basta con aludir á ellos. <sup>(3)</sup> Pero es esta materia de las que jamás podrán tratarse con gran resultado sin la experiencia personal, como

(1) San Ambrosio, *De Virginitate*, 15, 94, 95.

(2) *Id.*, *id.*, 15, 96.—Sto. Tomás, 1, 2, q. 24, a. 3.

(3) Entre los mejores, Scupoli en el *Combate Espiritual*; en cuanto á los otros, véase más adelante.

será también sumamente peligroso osar explotarla sin ayuda de un maestro y de un guía experimentado.

**7. Utilidad de las pasiones.**—¡Feliz el que ha sido dotado de un natural pacífico, y de un carácter siempre uniforme! Pero es digno de envidia y de imitación, el que, después de grandes esfuerzos y de alternativas de éxitos y de reveses, ha llegado á dominar la rebelión de sus pasiones. En adelante tendrá en ellas, no sólo una poderosa palanca para retirar las dificultades que encuentre en el camino del bien, sino también un estímulo que excitará las fuerzas de su alma, siempre que se trate de ejecutar una buena acción, ó de poner por obra otra más perfecta que exija más decisión y más energía. <sup>(1)</sup> De este modo, conseguida una vez la victoria sobre los instintos rebeldes, el solo movimiento de las afecciones puestas bajo la dirección de la parte pensante superior de nuestro ser, de la inteligencia, será un acto moralmente bueno y una nueva perfección de nuestro corazón. <sup>(2)</sup>

Después viene el trabajo que consiste en ordenar nuestras pasiones, trabajo que lleva consigo numeroso cortejo de fatigas; pero es tan elevada la recompensa, el imperio de sí mismo, que es muy digna de los sudores de un carácter noble. Descartes hace una hermosa invitación con las siguientes palabras: «El alma puede tener á parte sus placeres; en cuanto á los que le son comunes con el cuerpo, dependen enteramente de las pasiones; de suerte que los hombres á quienes pueden mover, son capaces de gustar las mayores dulzuras de esta vida. Ciertamente que pueden encontrar también las mayores amarguras, cuando no saben emplearlas bien, y les es contraria la suerte; pero en este punto el principal maestro es la prudencia, que enseña á hacerse dueño y á manejarlas con tanta destreza, que son muy soportables los males que causan, y hasta llega á sacarse placer de todos». <sup>(3)</sup>

(1) Sto. Tomás. *Verit.* q. 26, a. 7, c.

(2) *Id.* *Summa theol.*, 1, 2, q. 24, a. 1, a. 3.

(3) K. Fischer. *Geschichte der neuern Philosophie*, (2) 1865, I, 1, 449.—Descartes, *Les passions de l'âme*, CCXLII.



**8. Sacrificios que exige la victoria sobre las pasiones.**—Pero jamás podrá llegar un cobarde á este punto, á la virtud perfecta. Pocos son los que dejan de experimentar en sí estos combates del espíritu; sólo los cobardes que ni intentan siquiera librarse de la servidumbre indigna en que viven, y que, faltos de energía, se dejan aprisionar por instintos tan poco nobles.

Mayor es el número de los que entran en batalla, y á quienes falta el valor, apenas se enardece la pelea. Sucede en realidad, como dijo ya el poeta pagano: «Es una guerra en que hay que dar pruebas de mucho ejercicio y de mucho heroísmo, guerra que rasga las entrañas, y destroza el corazón hasta en lo más profundo». <sup>(1)</sup> Así lo comprenden los enemigos que con nosotros llevamos, y que han jurado darnos la muerte en el instante en que se les presente ocasión. ¿Yacen desarmados á nuestros pies? tratan todavía de fascinarnos con insinuante importunidad, y de hacer dejar caer las armas de las manos, cuando pretendemos darles el golpe de gracia. Hombres que en un principio, dice Platón, parecían ser de hierro, se hacen tan blandos como la cera, semejantes á Menelao, que, por haberse apoderado de Elena, fué causa de una guerra sangrienta. <sup>(2)</sup> Para él escribió estos versos el poeta:

«Sí, de tu corazón la rabia brote:  
 »Del antiguo placer ya despertado  
 »Los pérfidos encantos has gustado;  
 »Que de tu espada el filo ya se embote  
 »Ellos la causa son, y en tu mancilla  
 »De tu lanza conservas una astilla». <sup>(3)</sup>

**9. Hay en la tierra una victoria sobre las pasiones y una paz del corazón: hay algo más que una moralidad ordinaria, hay verdadera santidad; pero no hay paz completa exenta de turbaciones, ni sólida y firme seguridad contra los peligros.**—Si nos movemos á compasión de aquellos de quienes desde un principio se ha

(1) Aristo, Apud Clement, Alex., *Strom.*, 2, 20, 108.

(2) Platón. *Leg.*, 1, 663, d.—S. Agustín, Psalm, LVII, in 18.

(3) Eurípides. *Andromach.*, 628 y sig.

apoderado vergonzosa cobardía, impidiéndoles librarse de las cadenas de esclavos que pesan sobre ellos, creo que debemos deplorar más la locura de los semi-héroes que dejan escapar de sus manos el fruto de un largo combate en el momento en que debían recogerlo. No hay duda de que es vituperable ante la doctrina cristiana y ante la sana razón. Si hubiera de imperar la doctrina de Kant, no sería condenable su debilidad, porque según esa filosofía, trabajaría toda su vida el hombre para alcanzar la paz de su interior, y no llegaría nunca á esa paz. Verdad es que añade que puede imaginarse una moralidad ó una santidad completa; pero desde el punto de vista estoico en que se coloca, corresponde á la perfecta libertad de todos los instintos de la naturaleza sensible que no tiene ya que temer ni ataques ni tentaciones. Después, sigue diciendo, aunque puede concebirse fácilmente tal estado en un ser moral y racional como el hombre, no hay que dudar que es imposible su realización; por eso jamás ha habido en ninguna parte hombres perfectos y santos; no hay más que hombres virtuosos. Pero el sentimiento de la virtud ó del deber vive en continua lucha con las inclinaciones que le son opuestas, con ese fermento de disposiciones en continua contradicción con la ley; más es aún; es ese el combate que lo alimenta y que no se desarrolla sino con el triunfo sobre un perpetuo é infatigable enemigo. Tal es también el pensamiento de Hegel contenido en estas pocas palabras: «Sin tentación no hay bien». <sup>(1)</sup>

¡Qué eterna oscilación entre principios tan opuestos! Según esto, no cabe ya un hombre, cuyas pasiones estén ordenadas y sometidas á la razón y á la voluntad; ¡no sería ya verdadero hombre el que viviera en un estado moral semejante al que desean con todas sus fuerzas y al cual ordenan todas sus energías los corazones nobles! Y no serán ya considerados como virtuosos y fieles á su deber los hombres de los antiguos tiempos, dignos de la edad de

(1) K. Fischer. *Gesch. der neuern Philos.*, 1860, IV, 158.—Erdmann, *Gesch. der neuern Philos.*, III, II, 838.